

El padre de Adela se retiró.

¡Adela, Adela! ¡Escúchame Adela! ¡Soy yo! ¡Alejandro!
¡Si no sales te juro que voy a hacer algo de lo que te vas a
arrepentir!

Alejandro sintió una enorme desesperación. Sacó su acta
de nacimiento. La empezó a leer, íntegra, a voz en cuello:
Pedro Alejandro Morales Ricart, dijo y leyó su fecha de naci-
miento, quiénes eran sus padres, quiénes sus abuelos recla-
mando si lo consideraban poca cosa para su hija. Cuando
acabó la lectura hizo bola el documento y lo arrojó tras la
puerta de la casa. Luego siguió con su cartilla, con su licencia
y con su pasaporte. Se trepó en uno de los tabachines. Oscu-
recía. Las chicharras de Cuauhnáhuac zumbaban y, entre las

flores rojas del árbol, Alejandro se sentía en pleno infierno.
Necesitaba asomarse a la recámara de Adela, hacerse visible.
La ventana estaba iluminada así que ella debería de estar allí.
¡Voy a quemar el dinero que junté para irme contigo! advir-
tió y entre gritos y amenazas empezó a prenderle fuego a los
billetes pidiéndole que se asomara. Quemó billete por bille-
te y cuando acabó con todo lo que traía amenazó con quitar-
se la ropa y arrojarla a la casa: aventó primero la chamarra,
luego la camisa ensangrentada, se quitó un zapato y lo tiró
a la ventana iluminada. Quebró el vidrio. Empezó a llover.
Trepado sobre el árbol, empapado y semidesnudo, oyó la si-
rena y vio rojo, vio azul, vio luces azul y rojo.

LUIS IGNACIO HELGUERA

PÁJAROS

EXTRAVÍO

Se eleva el pájaro
cada vez más lejos de mi mano
Aguja volátil
al fondo
del pajar azul inmenso

TALA

A Octavio Paz

Hacha, sierra lentísima
de troncos, ramas
otoños de la memoria
Pájaro carpintero
talas, tallas
cómodos sillones
a la medida del oído
en que se acurruca el alma
Veloz martillo cromático
clavas en el árbol
tu propio cuadro
Esculpes sobre la corteza
rostros arrugados
Escribes:
yo estuve aquí un instante